

en castigo, quemaban y destruían cuanto hallaban, y aun habían prendido muchas personas. Cortés fué á Cempoallán, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, á Tizapancinca, que estaba ocho leguas ó más de la ciudad. Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallaneses; mas como vieron los de á caballo y á los barbudos, pasmaron y echaron á huir á más correr. Estaba cerca la guarida, y acogiéronse presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan aína, que los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podían subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo, sin contraste. Entrados, tuvieron la puerta, hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, á los soldados que lo guardaban, y fué cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volvióse á la mar por el camino que fué. Con este hecho y victoria, que fué la primera que Cortés hubo de la gente de Motezuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de Méjico, y los nuestros en grandísima fama y reputación para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrecía, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendía. Cuando Cortés llegó á la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él había comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la había dejado dando carena; el cual traía setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron.

El presente que Cortés envió al Emperador por su quinto

Daba priesa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendía él irse presto la tierra adelante, camino de Méjico, en demanda de Motezuma, y por dejarlo todo asentado y como debía estar, para llevar menos cuidado. Comenzó á dar orden y concierto en muchas cosas tocantes así á la guerra como á la paz. Mandó sacar á tierra todas las armas y pertrechos de guerra, y cosas de rescate de los navíos, y las vituallas y provisiones que había; y entregóselas al cabildo, como lo tenía prometido. Habló asimismo á todos, diciendo que ya era bien y tiempo de enviar al rey la relación de lo sucedido y hecho en aquella tierra hasta entonces, con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella; y que para eso era necesario repartir lo que habían habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí primero el quinto; y porque mejor se hiciese, él nombraba, y nombró por tesorero del rey, á Alonso de Ávila, y del ejército á Gonzalo Mejía. Los alcaldes y regimiento, con todos los demás, dijeron que les parecía bien todo lo que había dicho, y que se hiciese luego; y que no sólo holgaban que aquellos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban, y rogaban que lo quisiesen ser. Hizo luego, tras esto, sacar y traer á la plaza, que todos lo viesen, la ropa de algodón que tenían allegada, las cosas de pluma, que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que había, y que pesó veintisiete mil ducados; y entregóse así por peso y cuenta á los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos. Empero todos di-

jeron y respondieron que no tenían que repartir, porque sacando el quinto que al rey pertenecía, era lo demás menester para pagarle á él los bastimentos que les daba, y la artillería y navíos que servían de común á todos. Por eso, que se lo tomase todo, y enviase al rey sus derechos muy cumplidamente y lo mejor. Cortés les dijo que tiempo había para tomar él aquello que le daban para sus muchos gastos y deudas, y que de presente no quería más parte de lo que le tocaba como á su capitán general, y lo demás fuese para que aquellos hidalgos comenzasen á pagar las deudillas que traían por venir con él en esta empresa; y porque lo que él tenía ojo á enviar al rey, valía más que lo que le venía del quinto, rogóles no se lo tuviesen á mal, pues era lo primero que enviaban, y cosas que no se sufrían partir ni fundir, si excediese de lo acostumbrado, no curando de quintar á peso ni suertes; y como halló en todos ellos buena voluntad, apartó del montón lo siguiente:

Las dos ruedas de oro y plata que dió Teudilli de parte de Motezuma.

Un collar de oro de ocho piezas, en que había ciento ochenta y tres esmeraldas pequeñas engastadas, y doscientas treinta y dos pedrezuelas, como rubíes, de no mucho valor; colgaban de él veintisiete campanillas de oro y unas cabezas de perlas ó berruecos.

Otro collar de cuatro trozos torcidos, con ciento y dos rubinejos, y con ciento setenta y dos esmeraldejas; diez perlas buenas no mal engastadas, y por orla veintiséis campanillas de oro. Entrambos collares eran de ver, y tenían otras cosas primas sin las dichas.

Muchos granos de oro, ninguno mayor que garbanzo, así como se hallan en el suelo.

Un casquete de granos de oro sin fundir, sino así groseros, llano y no cargado.

Un morrión de madera chapado de oro, y por defuera mucha pedrería, y por bebederos veinticinco campanillas de

oro, y por cimera un ave verde, con los ojos, pico y pies de oro.

Un capacete de planchuelas de oro y campanillas alrededor, y por la cubierta piedras.

Un brazaletes de oro muy delgado.

Una vara, como cetro real, con dos anillos de oro por remates, y guarnecidos de perlas.

Cuatro arrejaques de tres ganchos, cubiertos de pluma de muchos colores, y las puntas de berrueco atado con hilo de oro.

Muchos zapatos como esparteñas, de venado, cosidas con hilo de oro, que tenían la suela de cierta piedra blanca y azul, y muy delgada y transparente.

Otros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnecidos de oro ó plata ó perlas.

Una rodela de palo y cuero, y á la redonda campanillas de latón morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpida en ella Vitcilopuchtli, dios de las batallas, y en aspa cuatro cabezas con su pluma ó pelo, al vivo y desollado, que eran de león, de tigre, de águila y de un buarro.

Muchos cueros de aves y animales, adobados con su misma pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas de oro y pluma y aljófar, vistosas y de mucho primor.

Cinco rodelas de pluma y plata.

Cuatro peces de oro, dos ánades y otras aves, huecas y vaciadas de oro.

Dos grandes caracoles de oro, que acá no los hay, y un espantoso cocodrilo, con muchos hilos de oro gordo al redor.

Una barra de latón, y de lo mismo ciertas hachas y unas como azadas.

Un espejo grande guarnecido de oro, y otros chicos.

Muchas mitras y coronas de pluma y oro labradas, y con mil colores y perlas y piedras.

Muchas plumas muy gentiles y de todas colores, no teñidas, sino naturales.

Muchos plumajes y penachos, grandes, lindos y ricos, con argentería de oro y aljófár.

Muchos ventalles y moscadores de oro y pluma, y de sola pluma, chicos y grandes y de toda suerte; pero todos muy hermosos.

Una manta, como capa de algodón tejido, de muchas colores y de pluma, con una rueda negra en medio, con sus rayos, y por de dentro rasa.

Muchos sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, paliros, frontales y ornamentos de templos y altares.

Muchas otras de estas mantas de algodón, ó blancas solamente, ó blancas y negras escacadas, ó coloradas, verdes, amarillas, azules, y otros colores así. Mas del envés sin pelo ni color, y de fuera vellosas como felpa.

Muchas camisetas, jaquetas, tocadores de algodón; cosas de hombre.

Muchas mantas de cama, paramentos y alombras de algodón.

Eran estas cosas más lindas que ricas; aunque las ruedas cosa rica era, y valía más la obra que las mismas cosas, porque los colores del lienzo de algodón eran finísimos, y los de pluma naturales. Las obras de vaciadero excedían el juicio de nuestros plateros; de los cuales hablaremos después en conveniente lugar. Pusieron también con estas cosas algunos libros de figuras por letras, que usan los mejicanos, cogidos como paños, escritos de todas partes. Unos eran de algodón y engrudo, y otros de hojas de metal, que sirven de papel; cosa harto de ver. Pero como no los entendieron, no les estimaron. Tenían á la sazón los de Cempoallán muchos hombres para sacrificar. Pidióselos Cortés para enviar al Emperador con el presente, porque no los sacrificasen. Mas ellos no quisieron, diciendo que se enojarían sus dioses y les quitarían el maíz, los hijos y la vida, si se los daban. Todavía les to-

mó cuatro de ellos y dos mujeres; los cuales eran mancebos dispuestos. Andaban muy bien emplumados, y bailando por la ciudad, y pidiendo limosna para su sacrificio y muerte. Era cosa grande cuánto les ofrecían y miraban. Traían á las orejas arracadas de oro turquesas, y unos gordos sortijones de lo mismo á los bezos bajos, que les descubrían los dientes, cosa fea para España, mas hermosa para aquella tierra.

-Cartas del cabildo y ejército para el Emperador por la gobernación para Cortés

Como el presente y quinto para el Rey estuviese apartado, dijo Cortés al cabildo que nombrasen dos procuradores que lo llevasen; que á los mismos daría él también su poder y su nao capitana para llevarlo. En regimiento señalaron á Alonso Hernández Portocarrero, y á Francisco de Montejo, alcaldes, y Cortés holgó de ello; y dióles por piloto á Antón de Alaminos; y como iban en nombre de todos, tomaron del montón tanto oro que les pareció bastar para venir y negociar y volverse. Y lo mismo fué del matalotaje para la mar. Cortés les dió su poder para sus negocios muy cumplido y llenero, y una instrucción de lo que habían de pedir en su nombre, y hacer en corte y en Sevilla y en su tierra; que era dar á su padre Martín Cortés y á su madre ciertos castellanos, y las nuevas de su prosperidad. Envió con ellos la relación y autos que tenía de lo pasado, y escribió una muy larga carta al Emperador. Llamólo así, aunque allá no sabían; en la cual le daba cuenta y razón sumariamente de todo lo sucedido hasta allí desde que salió de Santiago de Cuba; de las pasiones y diferencias entre él y Diego Velázquez; de las cosquillas que andaban en el real, de los trabajos que todos habían padecido, de la voluntad que tenían á su real ser-

vicio, de la grandeza y riquezas de aquella tierra, de la esperanza que tenía de sujetarla á su corona real de Castilla; y ofrecióse á ganarle á Méjico, y á haber á las manos al gran rey Motezuma vivo ó muerto; y al fin de todo le suplicaba se acordase de hacerle mercedes en los cargos y provisiones que había de enviar en aquella tierra, descubierta á costa suya, para remuneración de los trabajos y gastos hechos. El cabildo de la Veracruz escribió asimismo al Emperador dos letras. Una en razón de lo que hasta entonces habian hecho en su real servicio aquellos pocos hidalgos españoles por aquella tierra nuevamente descubierta; y en ella no firmaron sino alcaldes y regidores. La otra fué acordada y firmada del cabildo y de todos los más principales que había en el ejército. La cual en sustancia contenía cómo todos ellos tenían y guardarían aquella villa y tierra, en su real nombre ganada; ó morirían por ello y sobre ello, si otra cosa su majestad no mandase. Y suplicáronle humildemente diese la gobernación de ello y de lo que más conquistasen á Fernando Cortés, su caudillo y capitán general, y justicia mayor por ellos propios electo, que era merecedor de todo; y que más había hecho y gastado que todos en aquella flota y jornada, confirmándolo en el cargo que ellos mismos le dieron de su propia voluntad, para mejoría y seguridad suya, en nombre empero de su majestad; y si por ventura había ya dado y hecho merced de aquel cargo y gobernación á otra persona, que lo revocase, por cuanto así convenia á su servicio, y al bien y acrecentamiento de ellos y de aquellas partes, y también por evitar ruidos, escándalos, peligros y muertes, que se seguirían si otro los gobernase y mandase, y entrase por su capitán. Allende de esto, le suplicaron por respuesta con brevedad y buen despacho de los procuradores de aquella su villa, en cosas que tocaban al concejo de ella. Partieron pues Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo y Antón de Alaminos, de Aquiahuiztlán y Villarica, en una razonable nave, á 26 días del mes de Ju-

lio del año 1519, con poderes de Fernando Cortés y del concejo de la villa de la Veracruz, y con las cartas, autos, testimonios y relación que dicho tengo. Tocaron de camino en el Marién de Cuba; y diciendo que iban á la Habana, pasaron sin detenerse por el canal de Bahama, y navegaron con harto próspero tiempo hasta llegar á España. Escribieron esta carta los de aquel concejo y ejército, recelándose de Diego Velázquez, que tenía muchísimo favor en la corte y consejo de Indias; y porque andaba ya la nueva en el real, con la venida de Francisco de Salceda, que Diego Velázquez había habido la merced de la gobernación de aquella tierra del Emperador, con la ida á España de Benito Martín. Lo cual, aunque ellos no lo sabian de cierto, era muy gran verdad, según en otra parte se dice.

El motín que hubo contra Cortés, y el castigo

Hubo muchos en el real que murmuraron de la elección de Cortés, porque con ella excluian de aquella tierra á Diego Velázquez, cuyas partes tenían, unos como criados, otros como deudores, y algunos como amigos; y decían que había sido por astucia, halagos y soborno; y que la disimulación de Cortés en hacerse de rogar que aceptase aquel cargo, fué fingida, y que no pudo ser hecha ni debía valer la tal elección de capitán y alcalde mayor, sin autoridad de los frailes jerónimos que gobernaban las Indias, y de Diego Velázquez, que ya tenía la gobernación de aquella tierra de Yucatán, según fama. Cortés entendió esto; informóse quién levantaba la murmuración; prendió los principales y metiólos en una nao; mas luego los soltó por complacer á todos, que fué causa de peor, por cuanto aquellos mismos quisieron después alzarse con un bergantín, matando al maestre, é irse á Cuba con él, á avisar á Diego Velázquez de lo que pasaba, y del gran presente que

Cortés enviaba al Emperador, para que se lo quitase á los procuradores al pasar por la Habana, juntamente con las cartas y relación, porque no las viese el Emperador, y se tuviese por bien servido de Cortés y de todos los demás. Cortés entonces se enojó de veras. Prendió muchos de ellos; tomóles sus dichos, en que confesaron ser verdad aquello. Por lo cual condenó los más culpados, según el proceso y tiempo. Ahorcó á Juan Escudero y á Diego Cermeño, piloto. Azotó á Gonzalo de Umbria, que también era piloto, y á Alonso Peñate. Á los demás no tocó. Con este castigo se hizo Cortés temer y tener en más que hasta allí; y á la verdad, si fuera blando, nunca los señoreara, y si se descuidara, se perdía; porque aquellos avisaran con tiempo á Diego Velázquez, y él tomara la nao con el presente, cartas y relaciones; que aun después la procuró tomar, enviando tras ella una carabela armada; ca no pasaron tan secretos Montejo y Portocarrero por la isla de Cuba, que no entendiese Diego Velázquez á la que iban.

Cortés da con los navíos al través

Propuso Cortés de ir á Méjico, y encubrialo á los soldados, porque no rehusasen la ida con los inconvenientes que Teudilli con otros ponía, especialmente por estar sobre agua, que lo imaginaban por fortísimo, como en efecto lo era. Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navíos; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; á cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navíos; sino porque no se lo estorbasen los compañeros; ca sin duda se lo estorbaran y aun se amotinarian de veras si lo entendieran. Determinado pues de quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atapar; y rogó á otros pilotos que echa-

sen fama cómo los navíos no estaban para más navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos á él, estando con muchos, á se lo decir así, como que le daban cuenta de ello, para que después no les echase culpa. Ellos lo hicieron así como él ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navíos no podían más navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber estado allí más de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovecharan de ellos lo que más pudiesen, y los dejasen hundir ó dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta. Y así dieron luego al través en la costa con los mejores cinco navíos, sacando primero los tiros, armas, vituallas, vélas, sogas, áncoras, y todas las otras jarcias que podían aprovechar. Dende á poco quebraron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y el propósito de Cortés, y decían que los quería meter en el matadero. Él los aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podían volver á Cuba en el navío que para eso quedaba; lo cual fué para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse de ellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse á Cuba; mas eran marineros los medios, y querían antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el mismo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navío, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho á Cortés por tal hecho; hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitán, pero de muy confiado, y cual convenía para su propósito, aunque perdía mucho en los navíos, y quedaba sin la fuerza y servicio de mar. Pocos ejemplos de estos hay, y aquellos son

de grandes hombres, como fué Omich Barbaroja, del brazo cortado, que pocos años antes de esto quebró siete galeotas y fustas por tomar á Bujía, según largamente yo lo escribo en las batallas de mar de nuestros tiempos.

Que los de Cempoallán derrocaron sus ídolos por
amonestación de Cortés

No veía Cortés la hora de ser con Motezuma. Publicó su partida; sacó del cuerpo del ejército ciento y cincuenta españoles, que le parecieron bastaban para vecindad y guarda de aquella villa y fortaleza, que ya estaba casi acabada. Dióles por capitán á Pedro de Hircio, y dejólos en ella con dos caballos y otros dos mosquetes, y con hartos indios que los sirviesen, y con cincuenta pueblos á la redonda, amigos y aliados, de los cuales podían sacar cincuenta mil combatientes y más, siempre que algo se les recreciese y los hubiesen menester; y él fuése con los demás españoles á Cempoallán, que está cuatro leguas de allí, donde apenas había llegado, cuando le fueron á decir que andaban por la costa cuatro navíos de Francisco de Garay. Tornóse luego, por aquellas nuevas, con los españoles á la Veracruz, sospechando mal de aquellos navíos. Como llegó, supo que Pedro de Hircio había ido á ellos á informarse quiénes eran y qué querían, y á convidarlos á su pueblo para si algo habían menester. Supo asimismo que estaban surtos tres leguas de allí, y fué allá con Pedro de Hircio y con una escuadra de su compañía, á ver si alguno de aquellos navíos salía á tierra para tomar lengua, é informarse qué buscaban, temiendo mal de ellos, pues no habían querido surgir allí cerca ni entrar en el puerto y lugar, pues los convidaban á ello. Y ya que había andado hasta una legua, encontró tres españoles de los navíos, de los cuales uno dijo ser escribano, y los dos testigos, que venían á le

notificar ciertas escrituras que no mostraron, y á hacerle requerimiento que partiese con el capitán Garay, de aquella tierra, echando mojones por parte conveniente, por cuanto pretendia también él aquella conquista por primero descubridor, y porque quería asentar y poblar en aquella costa, veinte leguas de allí, hacia poniente, cerca de Nahutlán, que ahora se dice Almería.

Cortés les dijo que tornasen primero á los navíos, á decir á su capitán que se viniese á la Veracruz con su armada, y que allí hablarían, y se sabría de qué manera venía; y si traía alguna necesidad, que se la remediaria como mejor pudiese; y si venía, como ellos decían, en servicio del rey, que no deseaba él cosa más que guiar y favorecer á los semejantes, pues estaba allí por su alteza, y eran todos españoles. Ellos respondieron que por ninguna manera el capitán Garay ni hombre de los suyos saldría á tierra ni vendría donde estaba. Cortés, vista la respuesta, entendió el negocio. Prendiólos y púsose tras un médano de arena alto, y frontero de las naos, ya que casi era de noche, donde cenó y durmió, y estuvo hasta bien tarde del día siguiente, esperando si el Garay ó algún piloto, ó cualquiera otra persona saltaría en tierra, para tomarlos é informarse de lo que habían navegado, y del daño que dejaban hecho, que por lo uno los enviara presos á España, y por lo otro supiera si habían hablado con gente de Motezuma. Conociendo, en fin, que se recelaban mucho, creyó que por algún mal recaudo ó despacho; hizo á tres de los suyos que trocasen vestidos con aquellos mensajeros, y que llegasen á la lengua del agua, llamando y capeando á los de las naos; de las cuales, ó porque conocieron los vestidos, ó porque los llamaban, vinieron hasta una docena de hombres en un esquife con ballestas y escopetas. Los de Cortés, que tenían los vestidos ajenos, se apartaron á unas matas como que á la sombra, que hacía recio sol y era mediodía, por no ser conocidos, y los del esquife echaron en tierra dos escopeteros y dos balleste-

ros y un indio, los cuales caminaron derecho á las matas, pensando que los que estaban debajo eran sus compañeros. Arremetió luego Cortés con otros muchos, y tomaronlos antes que pudiesen meterse en el barco, aunque también se quisieron defender; y el uno de ellos que era piloto y traía escopeta, encaró al capitán Hircio, y si trajera buena mecha y pólvora le matara. Como los de las naves vieron el engaño y burla, no aguardaron más, é hicieron vela antes que su esquite llegase. De estos siete que hubo á las manos se informó Cortés cómo Garay había corrido mucha costa en demanda de la Florida, y tocado en un río y tierra cuyo rey se llamaba Pánuco, donde vieron oro, aunque poco, y que sin salir de las naves habían rescatado hasta tres mil pesos de oro, y habido mucha comida á trueco de cosillas de rescate; pero que nada de lo andado ni visto había contentado al Francisco de Garay, por descubrir poco oro y no bueno. Tornóse Cortés sin otra relación ni recaudo á Cempoallán con los mismos cien españoles que trajera, y primero que de allí saliese, acabó con los de la ciudad que derribasen los ídolos y sepulcros de los caciques, que también reverenciaban como á dioses, y adorasen á Dios del cielo, y la cruz que les dejaba, é hizo amistad y confederación con ellos y con otros lugares vecinos, contra Motezuma, y ellos le dieron rehenes para que estuviese más cierto y seguro que le serían siempre leales y no faltarían de la fe y palabra dada, y que abastecerían los españoles que dejaba de guarnición en la Veracruz, y ofrecieronles cuanta gente mandase de guerra y servicio. Cortés tomó los rehenes, que fueron hartos, mas los principales eran Mamexi, Teuch y Tamalli, y para servicio al ejército de agua y leña y para carga pidió mil tamemes. Tamemes son bastajes, hombres de carga y recua, que llevan á cuestas dos arrobas de peso por do quiera que los traen. Estos tiraban la artillería y llevaban el hato y comida.

El encarecimiento que Olintlec hizo del poderío de
Motezuma

Partió pues Cortés de Cempoallán, que llamó Sevilla, para Méjico, á 16 días de Agosto del mismo año, con cuatrocientos españoles, con quince caballos y con seis tirillos, y con mil trescientos indios entre todos, así nobles y de guerra como tamemes, en que cuento los de Cuba. Ya cuando Cortés partió de Cempoallán no había vasallo de Motezuma en su ejército que los guiase camino derecho de Méjico; que todos eran idos, ó por miedo, como vieron la liga, ó por mandado de sus pueblos y señores, y aquellos de Cempoallán no lo sabían bien. Las tres primeras jornadas que el ejército caminó por tierras de aquellos sus amigos, fué muy bien recibido y hospedado, en especial en Xalapán. El cuarto día llegó á Sicuchimatl, que es un fuerte lugar, puesto ladera de una muy agra sierra, y tiene hechos á manos dos pasos como escaleras para entrar en él, y si los vecinos quisieran defenderles la entrada, con dificultad subieran por allí los peones, cuanto más los caballeros. Pero, según después pareció, tenían mandado de Motezuma que hospedasen, honrasen y proveyesen á los españoles, y aun dijeron que pues iban á ver á su señor Motezuma, que supiese de cierto que les era amigo. Este pueblo tiene muchas y buenas aldeas y alquerías en lo llano. Sacaba de allí Motezuma, cuando había menester, cinco mil hombres de pelea. Cortés agradeció mucho al señor el hospedaje y buen tratamiento, y la buena voluntad de Motezuma; y despedido de él, fué á pasar una sierra bien alta por el puerto que llamó del Nombre de Dios, por ser el primero que pasaba; el cual es tan sin camino, tan áspero y alto, que no lo hay tanto en España, ca tiene tres leguas de subida. Hay en ella muchas parras con uvas,

y árboles con miel; en bajando aquel puerto, entró en Theuhixuacán, que es otra fortaleza y villa, amiga de Motezuma, donde acogieron á los nuestros como en el pueblo atrás. Desde allí anduvo tres días por tierra despoblada, inhabitable, salitral. Pasaron alguna necesidad de hambre, y mucha más de sed, á causa de ser toda la agua que toparon salada, y muchos españoles que á falta de agua dulce bebieron de ella, enfermaron. Sobrevinieron asimismo un turbión de piedra, y con ella un frío que los puso en harto trabajo y aprieto, ca los españoles pasaron muy mala noche de frío, sobre la indisposición que llevaban, y los indios cuidaron perecer; y así, murieron algunos de los de Cuba que iban mal arropados, y no hechos á semejante frialdad como la de aquellas montañas. Á la cuarta jornada de mala tierra tornaron á subir otra sierra no muy agra, y porque hallaron en la cumbre de ella mil carretadas, á lo que juzgaron, de leña cortada y compuesta, junto de una torrecilla, en que había algunos ídolos, le llamaron el puerto de la Leña. Dos leguas pasado el puerto, era la tierra estéril y pobre, mas luego dió el ejército en un lugar que dijeron Castilblanco, por las casas del señor, que eran de piedra, nuevas, blancas, y las mejores que hasta entonces habían visto en aquella tierra, y muy bien labradas; de que no poco se maravillaron todos. Llámase en su lenguaje Zaclotán aquel lugar, y el valle Zacatami y el señor Olintlec; el cual recibió á Cortés muy bien, y aposentó y proveyó á toda su gente muy cumplidamente, porque tenía mandamiento de Motezuma que lo honrase, según después él mismo dijo, y aun por aquella nueva y mandamiento ó favor sacrificó cincuenta hombres por alegrías, cuya sangre vieron fresca y limpia, y muchos hubo del pueblo que llevaron á los españoles en hombros y hamacas, que es casi en andas. Cortés les habló con sus farautes, que eran Marina y Aguilar, y les dijo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demás que á los de hasta allí decía siempre, y al cabo le preguntó si conocía ó reconocía á Motezuma.

Él, como maravillado de la pregunta, respondió: «Pues ¿quién hay que no sea esclavo ó vasallo de Motezumacin?» Entonces Cortés le dijo quién era el Emperador, rey de España, y le rogó que fuese su amigo, y servidor de aquel tan grandísimo rey que le decía, y si tenía oro, que le diese un poco para enviarle. Á esto respondió que no saldría de la voluntad de Motezuma, su señor, ni daría, sin que él se lo mandase, oro ninguno, aunque tenía harto. Cortés calló á esto y disimuló, que le pareció hombre de corazón, y los suyos gente de manera y de guerra; pero rogóle que le dijese la grandeza de aquel su rey Motezuma, y respondió que era señor del mundo; que tenía treinta vasallos con cada cien mil combatientes; que sacrificaba veinte mil personas cada año; que residía en la más linda y fuerte ciudad de todo lo poblado; que su casa y corte era grandísima, noble, generosa; su riqueza increíble, su gasto excesivo; y por cierto que él dijo la verdad en todo, salvo que se alargó algo en lo del sacrificio, aunque á la verdad era grandísima carnicería la suya de hombres muertos en sacrificios por cada templo, y algunos españoles dicen que sacrificaban, años había, cincuenta mil. Estando así en estas pláticas, llegaron dos señores en el mismo valle á ver los españoles, y presentaron á Cortés cada cuatro esclavas, y sendos collares de oro de no mucha valía. Olintlec, aunque tributario de Motezuma, era gran señor y de veinte mil vasallos. Tenía treinta mujeres todas juntas y en su propia casa, con más de cien otras que las servían. Tenía dos mil criados para su servicio y guarda; el pueblo era grande, y había en él trece templos, con cada muchos ídolos de piedra y diferentes, ante quien sacrificaban hombres, palomas, codornices y otras cosas, con sahumerios y mucha veneración. Aquí, y por su territorio, tenía Motezuma cinco mil soldados en guarnición y frontera, y postas de hombres en parada hasta Méjico. Nunca Cortés hasta aquí había entendido tan entera y particularmente la riqueza y poderío de Motezuma; y aunque se le represen-

taban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y cosas otras en su ida á Méjico, oyendo aquello, que á muchos valientes por ventura desmayara, no mostró punto de cobardía, sino que cuantas más maravillas le decían de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponían de ir á verlo; y porque tenía de pasar para ir allá por Tlaxcallán, que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y belicosísima generación, despachó cuatro cempoallaneses para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de Cempoallán y confederados, les ofreciesen su amistad y paz, y les hiciesen saber cómo iban á su pueblo aquellos pocos españoles á los ver y servir; por tanto, que les rogasen lo tuviesen por bueno. Pensaba Cortés que los de Tlaxcallán harían otro tanto con él, como los de Cempoallán, que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habían siempre dicho verdad, que también entonces los podría creer; que aquellos tlaxcaltecas eran sus amigos, y holgarían serlo asimismo de él y de sus compañeros, pues eran inimicísimos de Motezuma, y aun que irían de buena gana con él á Méjico, si hubiese de haber guerra, por el deseo que tenían de librarse y vengarse de las injurias y daños que habían recibido, de muchos años á esta parte, de la gente de Culúa. Holgó Cortés en Zaclotán cinco días, que tiene fresca ribera y es apacible gente. Puso muchas cruces en los templos, derrocando los ídolos, como lo hacía en cada lugar que llegaba y por los caminos. Dejó muy contento á Olintlec, y fuése á un lugar que está dos leguas río arriba, y que era de Iztacmixtlitán, uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene en lo llano y ribera, dos leguas á la redonda, tantas caserías, que casi toca una con otra, á lo menos por do pasó nuestro ejército; y él será de más de cinco mil vecinos, y puesto en un cerro alto, y á una parte de él está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbancas y

honda cava. Reposó allí tres días para repararse del camino y trabajo pasado, y por esperar los cuatro mensajeros que envió de Zaclotán, á ver qué respuesta traerían.

El primer reencuentro que Cortés hubo con los de Tlaxcallán

Como tardaban los mensajeros, se partió Cortés de Zaclotán sin otra inteligencia de Tlaxcallán. No anduvo mucho nuestro campo después que salió de aquel lugar, cuando á la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca, y de estado y medio alta, y ancha veinte pies, y con un pretil de dos palmos por toda ella para pelear de encima, la cual atravesaba todo aquel valle de una sierra á la otra, y no tenía más de una sola entrada de diez pasos, y en aquella doblaba la una cerca sobre la otra á manera de rebellín, por trecho y estrecho de cuarenta pasos; de suerte que era fuerte, y mala de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntando Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la había hecho, le dijo Iztacmixtlitán, que le acompañó hasta ella, que estaba para atacar, como mojón, sus tierras de las de Tlaxcallán, y que sus antecesores la habían hecho para impedir la entrada á los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venían á los robar y matar por amigos y vasallos de Motezuma. Grandeza les pareció á nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y panfarrona, mas inútil y superflua, pues había cerca otros pasos para llegar al lugar, arrojando un poco; pero no dejaron con todo eso de sospechar que los de Tlaxcallán debían ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponían delante.

Como el ejército paró para mirar aquella magnífica obra, pensó Iztacmixtlitán que ciaba y temía de ir adelante, y dijo y rogó al capitán que no fuese por allí, pues era su